

DIÁLOGO 20º

DE LA PATRIA.

— Amigos míos, sois muy jóvenes aún, y no obstante, cuando se pronuncia ante vosotros la palabra *patria*, sentís latir vuestros corazones. ¿De qué depende, pues el poder de esta palabra mágica? ¿Qué es la patria? ¿Esta palabra no os recuerda otras que se le parezcan?

— Sí, señor; las palabras *paternal*, *patrimonio*.

— En efecto, la patria es la tierra paternal y el patrimonio común. Es en ella donde han vivido nuestros padres, los padres de nuestros padres, y los abuelos de sus abuelos; en ella también, desde hace siglos y siglos, han sufrido juntos, han trabajado para fecundizar el suelo, han combatido para extenderla y para defenderla; á sus trabajos, á sus sudores, á su sangre debemos este grande y bello patrimonio de que gozamos; de suerte que la palabra patria remonta nuestro espíritu hasta el pasado más lejano y nos hace abarcar en el pensamiento una larga sucesión de siglos que han pasado. Pero, ¿en qué consiste, pues, que el recuerdo de tantas generaciones de hombres nos es querido, que su historia nos interesa y nos conmueve? ¿Qué tienen de común con nosotros? ¿Qué lazo nos liga con ellos?

— Es que eran franceses, así como nosotros lo somos.

— Es decir que no solo habitaban el país que habitamos, sino que eran de la misma raza. Y ¿en qué se reconoce que los hombres son de la misma raza?

— En que se parecen entre sí.

— ¿Hay, pues, alguna semejanza entre los hombres de una misma raza, así como la hay entre los miembros de una misma familia?

— Sí, señor.

— Pero, ¿es solamente por las facciones, por la estatura, por el temperamento por lo que se parecen los hombres de la misma raza? En una palabra, ¿esta semejanza es puramente física?

— No, señor; se parecen también por el espíritu...

— Y por el carácter; es decir, que su semejanza es á la vez física, intelectual y moral. Y cosa extraordinaria, esta semejanza dura aun después de millares de años: y nosotros, franceses del siglo XIX, podemos reconocernos aun en el retrato que César ha trazado de los Galos nuestros antecesores: porque somos galos de raza, y Clodoveo es quien, habiendo sometido á casi toda la Galia, nos ha dado este nombre de francos, franceses, que después ha llegado á sernos tan caro por nuestras victorias y por nuestras glorias de toda especie.¹

Además del país y de la raza, ¿existe algún otro lazo común entre los hombres de una misma patria? ¿En qué reconocéis á un extranjero?

— En que no habla como nosotros.

1. El maestro encontrará este retrato en casi todas las historias de Francia; veremos, después, los principales rasgos del carácter francés.

—Y ¿en qué reconoceis á un francés?

—En que habla la lengua francesa.

—La lengua es, pues, una muestra de unión, un signo de alianza entre los habitantes de un mismo país; por este medio, se comprenden, se entienden, se conciertan; por la lengua también pueden pensar, sentir y obrar de común acuerdo. ¿Cómo le llamamos á esta lengua? Así como decimos la tierra paterna: decimos igualmente la lengua paterna?

—No, señor; la lengua *materna*.

—¿Por qué, pues? ¿no es también la de nuestros padres?

—Sí, señor; pero la madre es quien la enseña á sus hijos.

—Sí, la madre sobre todo; ella es la que al mismo tiempo que vela por su alimento, que le lleva en sus brazos, que lo abraza, que lo viste, que lo acuesta, que lo mece en su cuna, le habla, le habla sin cesar, y le da las primeras y más dulces lecciones. Pero ¿se sirve uno de una lengua nada más para hablar?

—No, señor; se sirve uno de ella también para escribir.

—Bien; y por la escritura podemos establecer una correspondencia á lo lejos, ya sea con nuestros padres, nuestros amigos, nuestros conocidos; gracias también á la escritura ayudada de la imprenta, nuestros antecesores han podido dejarnos sus pensamientos, sus invenciones, sus descubrimientos, y nosotros podremos dejar los nuestros, á nuestros pósteros.

Así se forma y se aumenta el tesoro de la literatura nacional, que no es la parte menos bella de nuestro patrimonio nacional. Todo nuestro pasado revive en esta larga sucesión de obras maestras, donde encontramos impresos en cada página los rasgos característicos del genio francés. Esa es la prueba evidente é indestructible de la profunda unidad de nuestra raza; sin embargo, hay todavía otros lazos que nos ligan los unos á los otros. ¿No habeis oído hablar de los druidas?

—Sí, señor; eran los sacerdotes de los galos.

—Los galos tenían, pues, creencias comunes sobre la divinidad, sobre el mundo, sobre el alma, sobre la vida presente y la futura; tenían la misma religión. Y más tarde, ¿no se han convertido á una religión mejor?

—Sí, señor; á la religión cristiana.

—Durante quince siglos el cristianismo ha sido como el alma de la Francia, y ha tenido estrechamente unidos los espíritus y los corazones. Hoy todavía es un lazo poderoso de la sociedad francesa. Si la religión no ha conservado todo su imperio, es á consecuencia de otras fuerzas que se han desarrollado, y que han fortificado la unidad nacional. Durante largo tiempo las leyes cambiaban de una provincia á otra; ¿sucede ahora lo mismo?

—No, señor; son las mismas leyes para todos los franceses.

—Y todos son iguales ante ella; ¿tienen también los mismos derechos?

—Sí, señor; los derechos civiles y políticos.

—¡Y bien! he ahí las ventajas comunes que deben inspirarnos más amor por nuestra patria y aumentar la unión entre todos los franceses.

Así es que somos de la misma raza, habitamos el mismo país, hablamos la misma lengua, tenemos en gran parte idénticas creencias, obedecemos á las mismas leyes, gozamos de los mismos derechos; ¿qué añadir aún á tantos lazos y tan diversos?

¿Nuestro pasado no es rico en gloriosos recuerdos?

—Sí, señor.

—Nuestros ejércitos, nuestras obras maestras literarias y artísticas, nuestros descubrimientos científicos, nuestro comercio y nuestra industria, ¿no han llevado á nuestro país á un rango elevado entre las naciones?

—Sí, señor.

—¿Acaso no estamos todos y con justicia orgullosos de la historia de nuestra gran patria?

—Sí, señor.

—Estamos, pues, unidos aun entre sí por la comunidad de los recuerdos. Pero no es esto todo. Si nuestra patria es feliz y próspera, ¿no participamos de su felicidad y su prosperidad?

—Sí, señor.

—Y si es desgraciada, si sufre, si llega á ser invadida, devastada, mutilada, ¿no sentimos todas las consecuencias de sus desgracias, de sus sufrimientos y de sus humillaciones?

—¡Oh! sí, señor, absolutamente todos.

—Todos, ¿no es verdad? todos, hombres y niños. Todos también, grandes y pequeños, aspiramos á devolverle lo que puede haber perdido de su grandeza pasada; todos igualmente, estamos prestos á darles pruebas de nuestra abnegación; y si hay algo noble y sagrado que haga latir nuestros corazones, es la comunidad de las esperanzas, la fe en el porvenir.

Resumen de la lección.

—La idea de patria es la más vasta y la más compleja de todas: abraza el pasado, el presente y el porvenir; encierra la vida individual, la vida de la familia, la vida nacional; evoca innumerables imágenes, despierta numerosos recuerdos; he ahí el porqué, de su potencia verdaderamente mágica, y de su resonancia hasta el fondo de las entrañas.

Ella comprende ante todo la idea del suelo natal, patrimonio común, herencia gloriosa, adquirida á costa de mil peligros, fecundizada gracias á infinitos sudores, muchísimas veces regada con la sangre de sus ávidos invasores, y consagrada con la de sus heroicos defensores. Viene en seguida la idea de una raza que se distingue de las otras por ciertos rasgos de la fisonomía, por ciertas aptitudes físicas, por el espíritu, por la manera de sentir, por los gustos comunes, por las cualidades que les son propias, cualidades morales é intelectuales, gracias á las cuales los individuos que las componen se parecen, se

reconocen, se buscan, les es muy grato encontrarse juntos y formar parte de los miembros de una familia inmensa; después la comunidad de la lengua que les permite entenderse y comprenderse, cambiar sus pensamientos y sus sentimientos por medio de la palabra y de la escritura, conocerse sin verse y estrechar de ese modo á través de la distancia, los lazos naturales que los unen; de esta lengua que se llama materna, porque el niño la aprende de los labios de su madre en medio de besos, esta lengua tan dulce que llega al corazón del desterrado cuando la oye resonar en tierra extraña; la comunidad de la religión que une á los hombres por el sentimiento doloroso de su destino presente y por sus esperanzas de otro mejor; la comunidad de gobierno que da á las fuerzas esparcidas de un pueblo la unidad y la cohesión necesarias, y que las dirige hacia la prosperidad, hacia la defensa y hacia el progreso del país; la comunidad de las leyes, que á todos asegura las mismas ventajas, y que imparte á todos la misma protección; la comunidad de los intereses que hace que cada uno aproveche con la prosperidad pública, ó sufra con los males del país; la comunidad de las glorias de todo género, literaria, científica, artística, militar, que han llevado á la patria á un rango elevado entre las naciones; la comunidad de los recuerdos consoladores ó amargos, de los peligros actuales, de las aspiraciones legítimas, de los temores y de las esperanzas. La patria es un gran cuerpo, que tiene sus momentos de malestar, de debilidad, sus

enfermedades, y aun sus achaques, pero cuya poderosa vitalidad tiene inagotables recursos y no conoce la vejez; la patria, es una grande alma que anima innumerables seres, los hace vivir con la misma vida, sufrir los mismos sufrimientos, gozar los mismos placeres y enorgullecerse con el mismo orgullo.

Así el suelo, la raza, la lengua, la religión, las leyes, el gobierno, los intereses, los recuerdos gloriosos, los peligros presentes, los temores, las esperanzas y las ambiciones, tales son los elementos principales comprendidos en la idea de patria; tales son igualmente los lazos que forman estos grandes haces de hombres que se llaman pueblos, tales son en fin, las causas que hacen vivir de una vida común á los habitantes de un mismo país y latir sus corazones al unísono.

La idea de patria reasume todo lo mejor que hay en el carácter, en el espíritu, en el alma de la nación, todo lo más bello y más grande de su historia, y forma así para todos los ciudadanos un ideal de gloria, de honor y de virtud.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. ¡Cuán cara es la patria para todos los corazones bien formados! (Voltaire.)
2. La idea de patria abraza el presente, el pasado y el porvenir.

3. El suelo, el clima, la raza, la lengua, el carácter, el espíritu, las costumbres, las creencias, las leyes, los intereses, los recuerdos, los peligros, las esperanzas; he ahí los poderosos lazos que unen entre sí á los hombres de una misma patria.

4. Para amar bien á su país es preciso conocerlo: la geografía y la historia son escuelas de patriotismo.

5. No basta amar á su patria; es necesario hacerla amable.

6. El patrimonio es un deber y debe ser una pasión.

7. El patriotismo falso consiste en palabras; el verdadero, sobre todo en acciones.

8. Para juzgar del patriotismo, miremos la conducta. Es patriota cualquiera que honre á su país con su carácter, con su mérito, y cuando llegue la hora del peligro, con su valor.

DIÁLOGO 21º

La Patria. — Sus grandezas. — Sus desgracias.

SUMARIO. — *La Francia. — Su forma. — Su situación. — Sus aguas. — Su suelo. — Sus productos. — Su clima. — Su belleza. — Su historia. — Su antigüedad. — Sus reyes, sus ministros, sus héroes, sus grandes capitanes. — Su potencia colonial. — Servicios que ella ha prestado á los otros pueblos, á la humanidad, á la civilización. — Sus escritores, sus artistas, su hospitalidad, sus desgracias, su levantamiento. — Deberes presentes.*

— Mis queridos niños, tenéis por patria uno de los más bellos países que hay en el mundo; tal vez el más bello. Mirad esa carta, que está allí desplegada ante vuestros ojos; abarcad la Francia de un golpe de vista: ¿no os hace el efecto de un cuerpo vigoroso, bien constituido, bien proporcionado? Comparadla á otros países, á la Italia por ejemplo, que toda es larga; á la Prusia, á la Austria, que tiene algo de macizo é informe, y ved de qué lado está la ventaja. Los pies sobre los Pirineos, apoyada sobre los Alpes, el Jura, los Vosges, su vista se extiende sobre tres mares: el Mediterráneo, que le abre el Africa y el Asia; la Mancha que le muestra la Inglaterra y le da alcances á los países Escandinavos; el Atlántico, que la lleva á las dos Américas.

Ningún país está colocado mejor para entrar en relaciones con el resto del mundo. ¿No está también admirablemente regado?